

CONCOURS GÉNÉRAL DES LYCÉES

SESSION DE 2013

COMPOSITION EN LANGUE ESPAGNOLE

(Classes terminales ES, L et S)

DURÉE : 5 heures

L'usage de tout dictionnaire est interdit.

Tournez la page S.V.P.

Se llamaba Juan Medinao, como se llamaron su padre y el padre de su padre. La usura ejercida en tiempos por el abuelo le había convertido en el dueño casi absoluto de la Baja Artámila. Desde que tuvo uso de razón, se notó dueño y amo de algo que no había ganado. La casa y las tierras le venían grandes, pero especialmente la casa. La llamaban La Casa de los Juanes, y era fea, con tres grandes cuerpos de tierra casi granate y un patio central cubierto de losas. Al anochecer, las ventanas eran rojas; al alba, azul marino. Estaba emplazada lejos, como dando una zancada hacia atrás de la aldea, frente por frente al Campo del Noroeste. Desde la ventana de su habitación, Juan Medinao podía contemplar todos los entierros.

Aquel Domingo de Carnaval, cerca ya la noche, Juan Medinao rezaba. Desde niño sabía que eran días de expiación y santo desagravio. Tal vez su plegaria era un recuento, suma y balance de las cotidianas humillaciones a que exponía su corazón. Estaba casi a oscuras, con el fuego muriéndosele en el hogar y las dos manos enredadas como raíces.

Había entrado la noche en su casa, y la lluvia no cesaba contra el balcón. Cuando llovía así, Juan Medinao sentía el azote del agua en todas las ventanas, casi de un modo material, como un redoble desesperado.

Oyó que le llamaban. La voz humana que taladró el tabique le derrumbó desde sus alturas. Volvían a llamarle. Todos en la casa, hasta el último mozo, sabían que Juan Medinao rezaba a aquellas horas y que no debía interrumpírsele. Insistieron. Entonces, el corazón se le hinchó de ira. Gritó y arrojó un zapato contra la puerta.

- Abra la puerta, Juan Medinao -le dijeron-, es el alguacil el que le llama. Viene con un guardia del destacamento...

Vio el zapato en el suelo, con la boca abierta y deformada. Se sintió terriblemente ajeno a las paredes, al suelo y al techo. Era como si toda la habitación le escupiera hacia Dios. Se levantó y descorrió el cerrojo. Estaba allí una criada, con las manos escondidas debajo del delantal.

- Ya voy -dijo. Inmediatamente se arrepintió de su voz. Trató de corregirla dando una explicación dulce-: Me has interrumpido, estaba rodeado de ángeles...

La chica torció el cuello, y tapándose la boca bajó corriendo delante de él. A las muchachas demasiado jóvenes, Juan Medinao les daba miedo o risa.

Bajó la escalera despacio. También la sala estaba a oscuras.

- ¿Qué pasa? -dijo. Los hombres eran unas manchas negruzcas y sus rostros, más claros, parecían flotar en el aire. El guardia le explicó que habían detenido a un saltimbanqui por haber partido en dos al hijo de Pedro Cruz. Fue un accidente, y su propio carro había quedado destrozado en medio de la plaza. Aquel payaso pedía ayuda a Juan Medinao.

[...]

A la luz del candil, vio al hombre. Era mayor que él, envejecido, y tenía los ojos separados, con una súplica profesional, madura. El corazón de Juan Medinao se quedó quieto, como si hubiera muerto.

- Hola, Juan Medinao -dijo el payaso-. Yo soy Dingo, el que te robó las monedas de plata...

Dingo. Sí, era él ; con sus ojos como brazo en cruz. Era Dingo, el traidor de esperanzas y sueños. Una ráfaga de infancia le ató la lengua, quemándole toda protesta o toda frase de bienvenida. Era Dingo, Dominguín, el hijo del guardabosques, el que tenía un gato rojo con rayas en el lomo, como si lo hubieran puesto a las parrillas. Juntos, habían ahorrado y

enterrado las monedas al pie del chopo apartado y solitario, al borde de aquel camino que llevaba lejos. Iban a escaparse de la aldea los dos, con sus primaveras verdes, cuando les parecía que no iban a poder soportar más su perra niñez apaleada. Claro, tajante, llevaba grabado el paisaje en su retina : aquella mañana ardorosa, cuando descubrió la traición. El alma entera le tembló, sintiéndose atterradoramente niño. En aquella tierra de fuego, demasiado lujo era una sombra. Y allí estaba la sombra del chopo, recta en el suelo, marcándole infinita la huida del amigo hipócrita, ladrón, viajero mentiroso de la nada. Querían buscar el mar, y se quedó solo con su sed implacable, junto a la sombra perdida y dura. Aquella mañana con sus manos afanosas estrujó la tierra removida y no encontró siquiera una carta, una burlesca carta aunque fuera, que humedeciera su seca desolación. Dingo se fue, treinta años hacía ya, con una *troupe* de comediantes y perros sabios. Y él se quedó en el centro de las gentes negras, que andaban como volando en círculo sobre su herencia : con vuelo errabundo, torvo, de ave rapaz. En el centro del odio y del hambre se quedó Juan Medinao ; heredero, amo de la Artámila Baja, con su Dios crucificado y su cabeza demasiado grande que le valía las burlas de los otros chicos. Se quedó allí para siempre, en la tierra exasperada, en el dramatismo de sus árboles, de sus rocas, de sus caminos. Buscando el mordisco de las cumbres al cielo, en el gigante desdén hacia la vida, se quedó Juan Medinao sin el único muchacho que no se burló nunca de su cabezota ni le echó en cara, con puñados de barro, el hambre de sus hermanos. Cuando apenas tenía doce años y todo le era hostil, desde el padre hasta la tierra, le traicionó también Dingo, el que contaba mentiras y forjaba huidas imposibles. ¡Era tan grato oír hablar de huidas a Dingo ! ¡Huir de la tierra, de los hombres, del cielo, de uno mismo ! Dingo, el gandul, el embustero, el ladrón, el piadoso.

Ana María MATUTE, *Fiesta al noroeste*, 1952

I. Commentaire

Vous commenterez librement ce texte.

II. Traduire :

Depuis «*Oyó que le llamaban...*» jusqu'à «*...con las manos escondidas debajo del delantal*».

